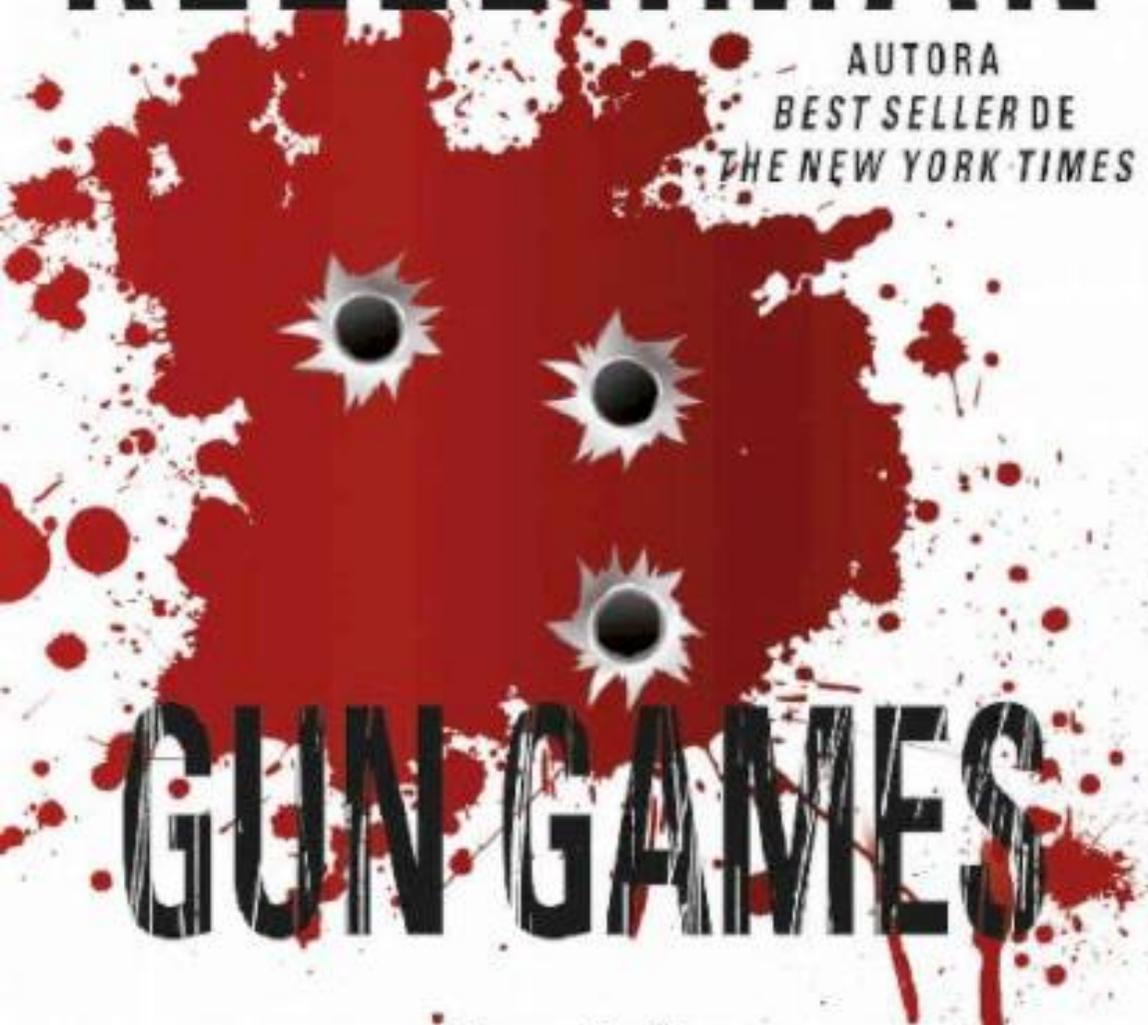


FAYE KELLERMAN

AUTORA
BEST SELLER DE
THE NEW YORK TIMES



GUN GAMES

HarperCollins



Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Gun games

Título original: Gun Games

© 2012, Plot Line, Inc.

© 2017, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

www.harpercollinsiberica.com

Traductor: Carlos Ramos Malave

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9139-068-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

- Portadilla
- Créditos
- Índice
- Dedicatoria
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Para Jonathan

Capítulo 1

Anticipó el problema en cuanto entraron por la puerta.

Iban hacia él: eran cinco —tres chicos, dos chicas—, todos debían de sacarle un par de años, pero probablemente estuvieran aún en el instituto. Los chicos tenían algo de músculo, pero no en plan esteroides, lo que significaba que podría con ellos individualmente. Grupalmente no tendría nada que hacer. Además, Gabe no iba a buscar pelea. La última vez que sucedió se fastidió la mano temporalmente. Había tenido suerte. Quizá volviera a tenerla. Si no, tenía que ser listo.

Se levantó las gafas sobre la nariz y siguió mirando el libro hasta que tuvo encima al grupo. Incluso entonces, no alzó la mirada. No iba a ocurrirle nada dentro de un Starbucks... mirando la página que tenía delante y con la mente a mil por hora.

—Estás en mi asiento —dijo uno de los chicos.

Su padre siempre enfatizaba que, si alguna vez iban a atacarle, lo mejor era tomarla con el líder. Porque, con el líder fuera de combate, los demás caían como fichas de dominó. Gabe contó hasta cinco antes de levantar la mirada. El tipo que había hablado era el más grande de los tres.

—¿Perdona? —preguntó Gabe.

—He dicho que estás en mi asiento. —Y, como para enfatizar sus palabras, se echó hacia atrás la cazadora y le permitió ver a Gabe la pistola que llevaba en la cinturilla del pantalón, posiblemente uno de los peores lugares para guardar un arma sin cinturón. Había solo dos personas en el mundo a las que Gabe les aguantaba gilipollices, y no estaba frente a ninguna de ellas. Ceder sería un error. Por

otra parte, enfrentarse también sería un error. Por suerte, el tipo le dio la solución perfecta.

Gabe levantó el dedo índice.

—¿Te importa? —Lentamente y con cuidado le retiró la cazadora al chico con el dedo y se quedó mirando la pistola—. Beretta 92FS con empuñadura tuneada. —Hizo una pausa—. No está mal. —Soltó la cazadora—. ¿Sabes que la empresa acaba de sacar un nuevo modelo? 96A o algo así. Es igual que la serie 92, salvo que tiene mayor capacidad de tambor.

Gabe se puso en pie. Frente a frente, era unos cinco centímetros más alto que el de la pistola, pero no pensaba alardear de la diferencia de altura. Dio un paso hacia atrás para que ambos tuvieran espacio.

—A mí me gustan las de cañón largo..., como la Cheetah 87. Para empezar, es muy fiable. Además, es una de esas pistolas ambidiestras. Yo soy diestro, pero tengo mucha fuerza en la izquierda. Ya sabes. Nunca se sabe qué mano será mejor usar.

Se quedaron mirándose fijamente, Gabe centrado en el tipo de la pistola. Para él los otros cuatro era como si no existieran. Entonces, con un movimiento rápido y fluido, se echó a un lado y extendió la mano para ofrecerle su asiento magnánimamente.

—Adelante.

Pasaron unos segundos mientras el uno esperaba a que el otro parpadeara.

—Siéntate —le dijo finalmente el chico.

—Después de ti.

Seguían mirándose, después se sentaron al mismo tiempo, y el tío de la pistola ocupó el sillón de cuero en el que Gabe había estado sentado antes. No dejó de mirarlo a la cara, sin bajar la guardia un solo instante. El tío rondaría el metro setenta y cinco y pesaría ochenta kilos, tenía el torso desarrollado y los brazos fuertes. Pelo castaño por debajo de las orejas, ojos azules, barbilla marcada. Bajo la cazadora de cuero se había puesto una camiseta gris y llevaba

unos vaqueros negros ajustados. Era un chico guapo y probablemente tuviera un montón de admiradoras.

—¿Dónde aprendiste tanto sobre pistolas? —preguntó el tío.

—De mi padre —respondió Gabe encogiéndose de hombros.

—¿A qué se dedica?

—¿Mi padre? —Al decir eso, Gabe sonrió—. Eh..., de hecho es un proxeneta. —Se hizo el silencio que esperaba—. Tiene prostíbulos en Nevada.

El otro se le quedó mirando con renovado respeto.

—Mola.

—Suená mejor de lo que es —dijo Gabe—. Mi padre es un tío desagradable, un auténtico cabrón. También tiene un millón de pistolas y sabe cómo usar todas y cada una de ellas. Me llevo bien con él porque no le enfado. Además, ya no vivimos juntos.

—¿Vives con tu madre?

—No. Ella está en la India. Se piró con su amante y me dejó al cuidado de unos completos desconocidos...

—¿Me estás vacilando?

—Ojalá estuviera vacilándote. —Gabe se rio—. El año pasado fue una auténtica pesadilla. —Se frotó las manos—. Pero al final todo salió bien. Me gusta el lugar en el que estoy. Mi padre de acogida es teniente de policía. Uno esperaba que fuera muy severo, pero, comparado con mi padre biológico, ese hombre es un santo. —Miró el reloj. Eran casi las seis de la tarde y estaba a punto de anochecer—. Tengo que irme. —Se puso en pie y así lo hizo el otro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el otro.

—Chris —mintió Gabe—. ¿Y tú?

—Dylan. —Chocaron el puño—. ¿A qué colegio vas?

—Estudio en casa —respondió Gabe—. Casi he acabado, gracias a Dios. Bueno, encantado de conocerte, Dylan. A lo mejor te veo en el campo de tiro.

Le dio la espalda al grupo y se alejó lentamente. Tuvo que hacer un esfuerzo por no mirar hacia atrás.

Una vez fuera, salió corriendo a toda velocidad.

Rina estaba colocando las rosas cuando el chico entró, jadeante y con la cara roja.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No estoy en forma. —Gabe intentó respirar con normalidad. Trató de sonreír a su madre temporal, pero no le salió con mucha naturalidad. Sabía que Rina estaba escudriñándolo, mirándolo fijamente con sus ojos azules. Llevaba un jersey rosa que hacía juego con las flores. Él buscaba algo insustancial que decir—. Qué bonitas. ¿Son del jardín?

—De Trader Joe's. Las rosas del jardín no empezarán a florecer hasta dentro de un par de meses. —Se quedó mirando al muchacho y vio que sus ojos verde esmeralda brillaban detrás de sus gafas. Algo le pasaba—. ¿Por qué corías?

—Intento mantenerme en forma —le dijo Gabe—. Tengo que hacer algo para ganar energía.

—Yo creo que alguien capaz de practicar durante seis horas al día tiene mucha energía.

—Díselo a mi corazón.

—Siéntate. Te traeré algo de beber.

—Puedo ir yo. —Gabe se fue a la cocina. Cuando regresó, llevaba una botella de agua. Rina todavía lo miraba con desconfianza. Para distraerla, recogió el periódico de la mesa del comedor. La foto de la portada mostraba a un chico y el titular decía que Gregory Hesse, de quince años, se había suicidado de un tiro en la cabeza. Tenía la cara redonda y los ojos grandes, y parecía tener menos de quince años. Gabe comenzó a leer el artículo con atención.

—Qué triste, ¿verdad? —comentó Rina, mirando por encima de su hombro—. Te preguntas qué diablos podría ser tan horrible como para que ese pobre chico estuviera dispuesto a ponerle fin a todo.

Había muchas razones para perder la esperanza. El año anterior él había pasado por todas ellas.

—A veces la vida es dura.

Rina le quitó el periódico, le dio la vuelta y lo miró a los ojos seriamente.

—Parecías disgustado cuando has entrado.

—Estoy bien. —Logró sonreír—. De verdad.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha llamado tu padre o algo?

—No. Estamos bien. —Cuando Rina lo miró con escepticismo, añadió—: En serio. No he hablado con él desde que volvimos de París. Nos enviamos un par de mensajes. Me preguntó qué tal iba y le dije que bien. Estamos bien. Creo que le caigo mucho mejor ahora que mi madre no está.

Dio un trago de agua y miró hacia otro lado.

—¿Te dije que mi madre me envió un mensaje hace una semana?

—No, no me lo dijiste.

—Se me debió de pasar.

—Ajá.

—En serio. No era gran cosa. Estuve a punto de no responderle porque no reconocí el nombre de la pantalla.

—¿Está bien?

—Eso parece. —Se encogió de hombros—. Me preguntó cómo estaba. —Detrás de las gafas, sus ojos miraban al vacío—. Le dije que estaba bien y que no se preocupara..., que todo iba bien. Después me desconecté. —Volvió a encogerse de hombros—. No me apetecía charlar. Si te digo la verdad, preferiría que no se pusiera en contacto conmigo. ¿Tan terrible es eso?

—No. Es comprensible —respondió Rina con un suspiro—. Tendrá que volver a construir vínculos antes de que puedas confiar...

—Eso no va a ocurrir. No es que tenga nada en su contra. Le deseo lo mejor. Es solo que no quiero hablar con ella.

—Me parece justo. Pero intenta mantener la mente abierta. Cuando vuelva a ponerse en contacto contigo, quizá puedas concederle unos segundos más de tu tiempo. No por ella, sino por ti.

—Si vuelve a ponerse en contacto conmigo.

—Lo hará, Gabriel. Ya lo sabes.

—Yo no sé nada. Estoy seguro de que estará ocupada con el bebé y esas cosas.

—Un hijo no sustituye a otro...

—Gracias por el discurso, Rina, pero la verdad es que no me importa. Apenas pienso en ella. —Aunque en realidad lo hacía a todas horas—. El bebé la necesita mucho más que yo. —Sonrió y le acarició la cabeza—. Además, tengo una maravillosa sustituta aquí mismo.

—Tu madre sigue siendo tu madre. Y algún día te darás cuenta. Pero muchas gracias por tus palabras.

Gabe devolvió la atención al artículo del periódico.

—Vaya, el chico era de la zona.

—Sí, así es.

—¿Conoces a la familia?

—No.

—¿Y... el teniente investiga casos así?

—Solo si el forense duda de que fuera un suicidio.

—¿Y cómo puede saberlo el forense?

—La verdad es que no lo sé. Pregúntaselo a Peter cuando vuelva.

—¿Cuándo volverá?

—En algún momento entre ahora y el amanecer. ¿Quieres que vayamos a la tienda a por algo de cena?

A Gabe se le iluminaron los ojos.

—¿Puedo conducir yo?

—Sí, puedes. Ya que estamos allí, podríamos comprarle un sándwich al teniente. Si no le traigo comida, no come.

Gabe dejó el periódico.

—¿Puedo ducharme antes? Estoy un poco sudado.

—Claro.

Gabe sabía que Rina seguía evaluándolo. Al contrario que su padre, él no era un hábil mentiroso.

—Te preocupas demasiado —le dijo—. Estoy bien.

—Te creo. —Rina le revolvió el pelo, húmedo por el sudor—. Ve a ducharte. Son casi las siete y me muero de hambre.

—Y que lo digas. —Gabe sonrió para sus adentros. Aca-baba de utilizar una de las expresiones favoritas del tenien-

te. Llevaba casi un año con los Decker y ciertas cosas habían empezado a pegársele. Fue consciente de los ruidos del hambre. Su estómago había tenido que calmarse para que su cerebro recibiese el mensaje de que no había comido desde el desayuno y se moría de hambre.

No era que los nervios se le fueran al estómago, pero las pistolas le afectaban al sistema digestivo.

No como a su padre.

A Chris Donatti no había arma de fuego que no le gustara.

Capítulo 2

Desde que el caso Hammerling saliera en el programa de televisión *Fugitive*, Decker no había hecho más que recibir llamadas, casi todas callejones sin salida. Aun así, tenía por costumbre seguir cualquier pista sin importar lo absurda que pudiera ser. Un asesino en serie andaba suelto y no podían dejar ningún cabo suelto. La pista actual procedía del desierto de Nuevo México, en un pequeño pueblo situado entre Roswell —conocido por sus avistamientos de ovnis— y Carlsbad, conocido por su red de cuevas subterráneas. Un lugar en medio de ninguna parte siempre era buena opción para esconderse. Además esa región estaba de camino a Ciudad Juárez, México, donde, según algunas estimaciones, se habían cometido más de veinte mil asesinatos en la pasada década. La mayoría de las víctimas participaban en guerras de drogas. Pero también había una amplia minoría de asesinatos de mujeres jóvenes, posiblemente unas cinco mil, llamados feminicidios, en los que las víctimas iban desde los doce a los veinticinco y aparentemente no tenían relación las unas con las otras. La afición de los mexicanos a la violencia sería una tapadera muy conveniente para alguien como Garth Hammerling, si lograba no acabar muerto él también.

Decker se pasó los dedos por el pelo, que conservaba algunos reflejos rojos entre el gris y el blanco. Hannah decía que los reflejos parecían muy punk. Sonrió al pensar en su hija pequeña. Estaba pasando el año en Israel y después de eso comenzaría la universidad en Barnard. Sus hijos iban desde los treinta y tantos hasta los dieciocho años, y él todavía no había experimentado el síndrome del nido vacío, gracias a dos personas con muchos problemas que, sin dar-

se cuenta, les habían pedido ayuda a Rina y a él para criar a su hijo. Pero Gabriel era un buen chaval; no era un estorbo, aunque sí una presencia.

Actualmente Rina estaba enseñando a conducir al chico, que tenía quince años.

«Pensaba que eso ya lo había dejado atrás», le había dicho ella. «Hacemos planes y Dios se ríe de nosotros».

La buena noticia era que sus nietos, Aaron y Akiva, hijos de su hija mayor, Cindy, tenían casi tres meses. Se habían adelantado tres semanas y habían pesado dos kilos seiscientos veintitrés gramos y dos kilos setecientos cincuenta gramos, respectivamente. Hacia el final del embarazo, Cindy había engordado casi veintisiete kilos. Pero, siendo atlética y haciendo ejercicio casi todos los días, había perdido esos kilos y más. Ahora estaba de baja por maternidad en su trabajo de detective novata en el distrito de Hollywood. Pensaba regresar en cuanto encontrara una buena niñera. Mientras tanto, Rina y su exmujer, Jan, se encargaban con mucho gusto. Los bebés daban mucho más trabajo que Gabe.

Decker se alisó el bigote mientras estudiaba el mensaje telefónico.

La pista se la había proporcionado la Policía del estado de Nuevo México. Era la cuarta vez que veían a Garth Hammerling en Nuevo México, y Decker empezaba a pensar que tal vez se propusiera algo. Marcó el código del área 505 y, tras una serie de esperas y desvíos de llamada, le pasaron con la CIS —la Sección de Investigaciones Criminales— en la División 4. El investigador encargado de seguir la pista se llamaba Romulus Poe.

—Conozco al tipo que llamó al programa —le dijo Poe a Decker—. Tiene un motel en Indian Springs localizado a unos sesenta y cinco kilómetros al sur de Roswell. El tipo es lo que podríamos llamar un personaje indígena. Ve y oye cosas que se nos escapan a los simples mortales. Pero eso no significa que esté completamente loco. Yo llevo por aquí doce años. Antes de eso, pasé diez años en Homicidios del

centro de Las Vegas. He conocido a muchos frikis. El desierto no es lugar para cobardes.

—¿Cómo se llama el tipo? —preguntó Decker.

—Elmo Turret.

—¿Cuál es su historia?

—Dice que vio a un tío que se parecía al de la foto de Hammerling que sacaron en *Fugitive*. Elmo dice que lo vio hace unos días a unos quince kilómetros de su motel. Yo estoy terminando con una redada antidroga. Me he pasado la tarde en una plantación de marihuana. En cuanto termine con los dueños del terreno, me pasaré por la zona con mi moto y veré si encuentro algo de veracidad en la historia.

—Llámemme de todos modos. Es el cuarto aviso que recibo de Nuevo México.

—No me sorprende. ¿Ha estado allí alguna vez?

—Solo en Santa Fe.

—Eso es otro país, civilizado en su mayor parte. Pero aquí..., bueno, ¿qué puedo decir? Esto es el Salvaje Oeste.

El papeleo le llevó una hora más y, a las siete y media de la tarde, Decker estaba a punto de irse a casa cuando su detective favorita, la sargento Marge Dunn, llamó al marco de su puerta abierta. Medía un metro setenta y siete, tenía los hombros anchos y el cuerpo bien definido. Iba vestida para el invierno en Los Ángeles, con unos pantalones de corte marrones y un jersey de cachemir color tostado. El pelo, rubio —más rubio a cada año que pasaba—, lo llevaba recogido en una coleta.

—Siéntate —le dijo Decker.

—Tengo ahí fuera a una mujer que quiere hablar contigo —dijo Marge—. De hecho quería hablar con el capitán Strapp, pero, como se ha marchado, se ha conformado con el siguiente de la lista.

—¿Quién es?

—Se llama Wendy Hesse y me ha dicho que son asuntos personales. En vez de insistir, he pensado que sería más fácil enviártela a ti.